Del autor de *El chico que salvó la Navidad*

Ilustraciones de
CHRIS MOULD

100% SIN MENTIRAS

La Duendecilla Sincera va al colegio

DESTINO

La Duendecilla Sincera va al colegio

MATT HAIG

con ilustraciones de

CHRIS MOULD

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Truth Pixie goes to school*
© de la traducción: Aina Girbau Canet, 2021
© del texto: Matt Haig, 2019
© de las ilustraciones: Chris Mould, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-08-25404-1
Depósito legal: B. 2.046-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Érase una vez
una niña llamada Aada
que vivía en tierras
muy lejanas.
Se esforzaba por ser amable
todos los días y todas
las semanas.

Aada y su padre

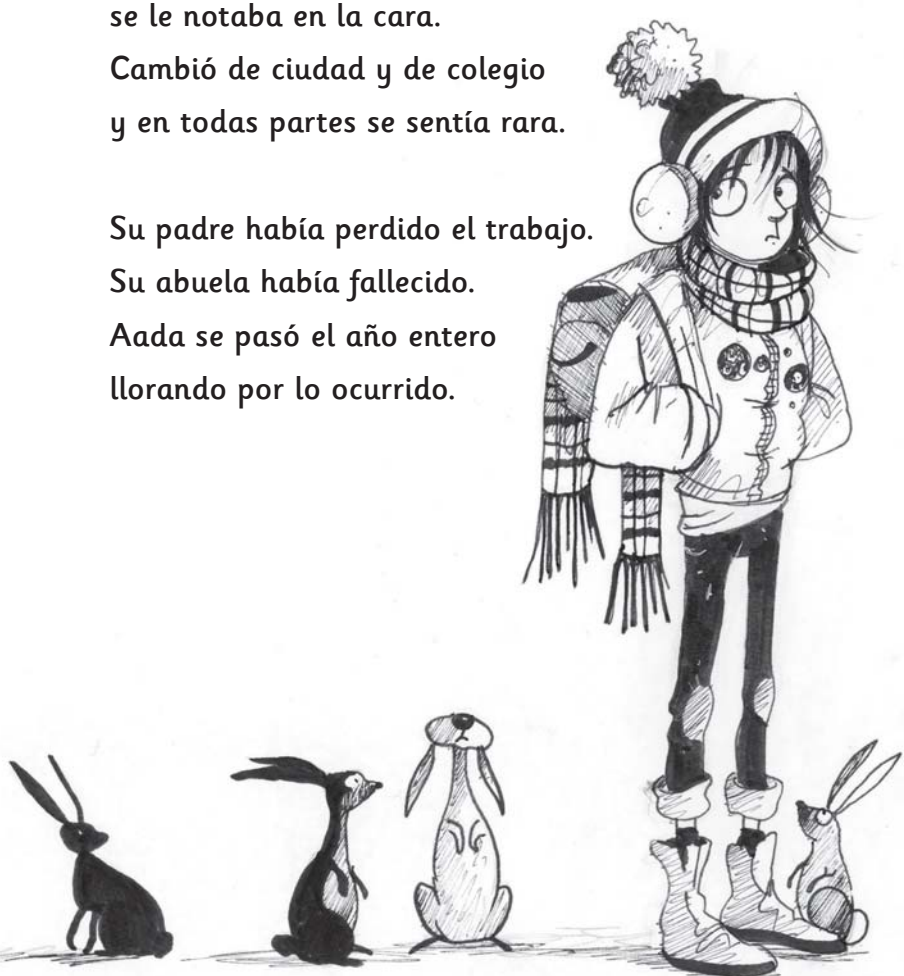
vivían en una casa pequeña.

Antes era una niña feliz,

pero ahora ya no es
tan risueña.

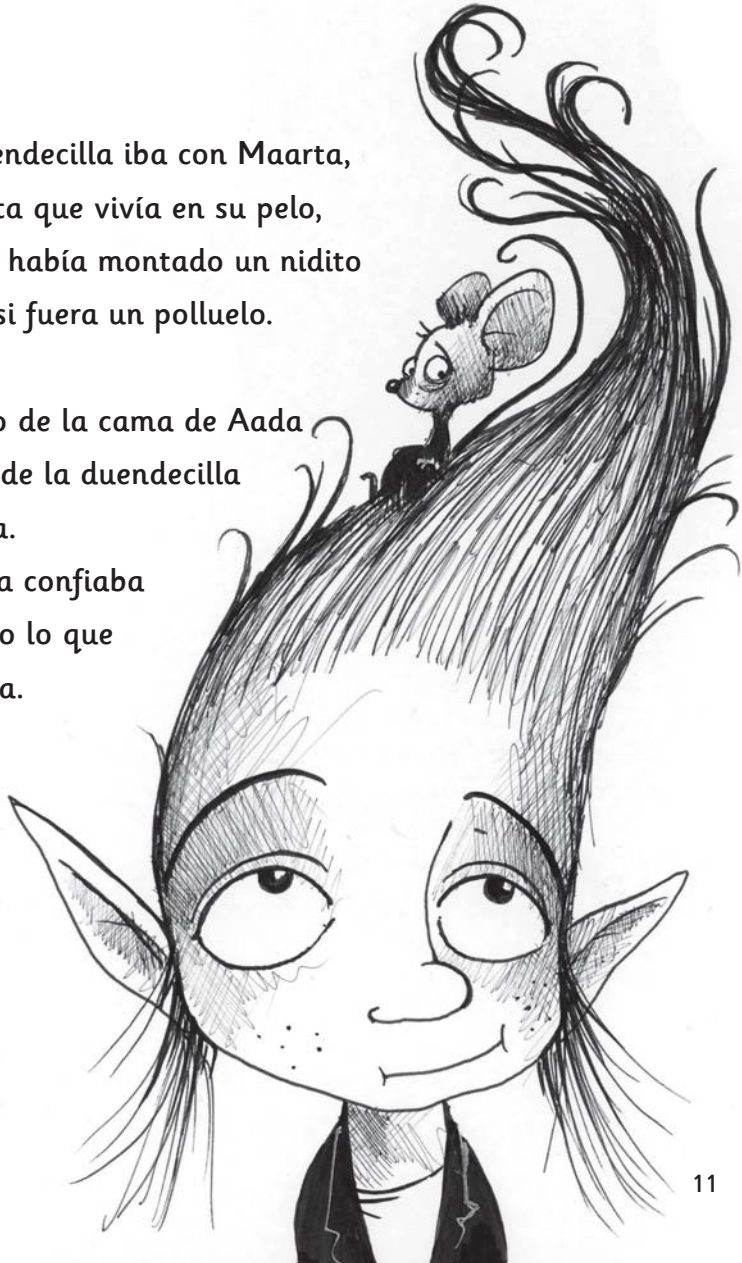
Había tenido un mal año,
se le notaba en la cara.
Cambió de ciudad y de colegio
y en todas partes se sentía rara.

Su padre había perdido el trabajo.
Su abuela había fallecido.
Aada se pasó el año entero
llorando por lo ocurrido.



Pero esta no es una historia triste,

en serio, ahora lo vas a ver.



La duendecilla iba con Maarta,
la ratita que vivía en su pelo,
que se había montado un nidito
como si fuera un polluelo.

Debajo de la cama de Aada
es donde la duendecilla
dormía.
Y Aada confiaba
en todo lo que
le decía.

Verás...

No importaba el lugar
ni importaba el día,
la Duendecilla Sincera
solo una cosa decía.

Si los gatos
dicen «miau»
y
las vacas «muu»
en
la pradera,
la duendecilla
solo
podía ser
sincera.

Y a Aada le encantaba

tener una amiga tan genial.

Deseaba que su tiempo juntas

no tuviera final.

Cuando la duendecilla y Aada
salían por el portal,
se reían al ver
que todo el mundo las miraba mal.

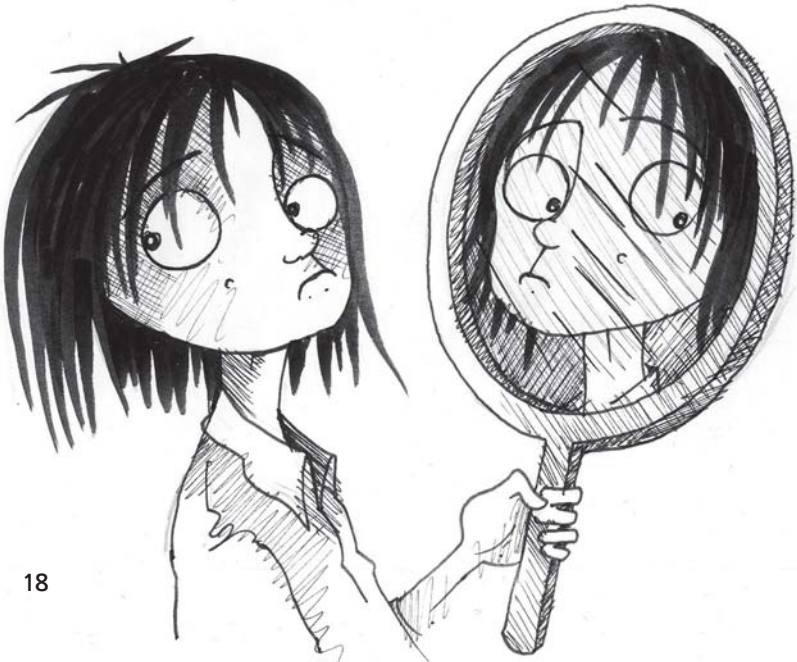
«Hola», dijo Aada.
«Una barra de pan, por favor.»
«¡Los duendes no pueden entrar!»,
dijo el panadero sin pudor.

«¡Pero bueno!»,
dijo la duendecilla.
«¡Me parece indignante!
¡Sobre todo sabiendo
que lo que vendes
es repugnante!.»

Para la duendecilla
ver la tele era un suplicio.
En casa veía las noticias,
pero la sacaban de quicio.

«¿Por qué los humanos talan árboles
si los bosques son tan fantásticos?
¿Y por qué atiborran los océanos
con estos horribles plásticos?»

El padre de Aada suspiró.
«No todo es tan sencillo ni tan llano.»
Aada apoyaba a la duendecilla
mientras se miraba un grano.



Cuando llegaba el invierno
Aada jugaba con la duendecilla,
hacían guerras de bolas de nieve
y juntas se lo pasaban
de maravilla.

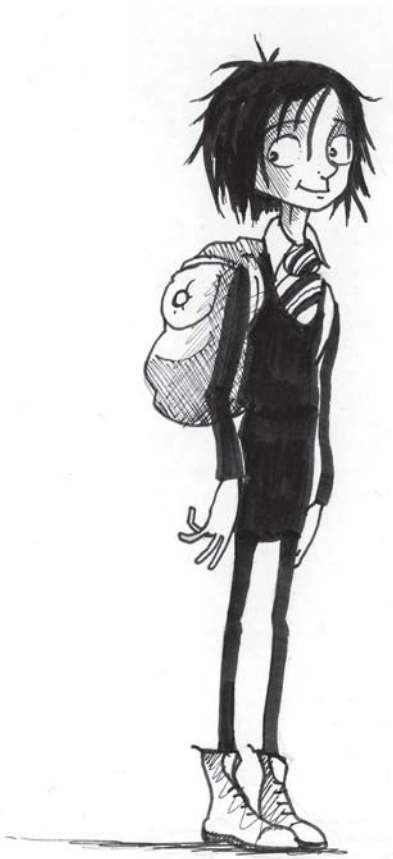
Aada le contaba cosas
que se inventaba al momento,
y la duendecilla escuchaba con atención
cada historia y cada cuento.

Aada tocaba el piano
y la duendecilla daba palmadas.
Y si algo sonaba mal
ambas reían a carcajadas.

Cuando Aada estaba contenta,
la duendecilla se echaba a reír.
(La mejor felicidad
es la que puedes compartir.)

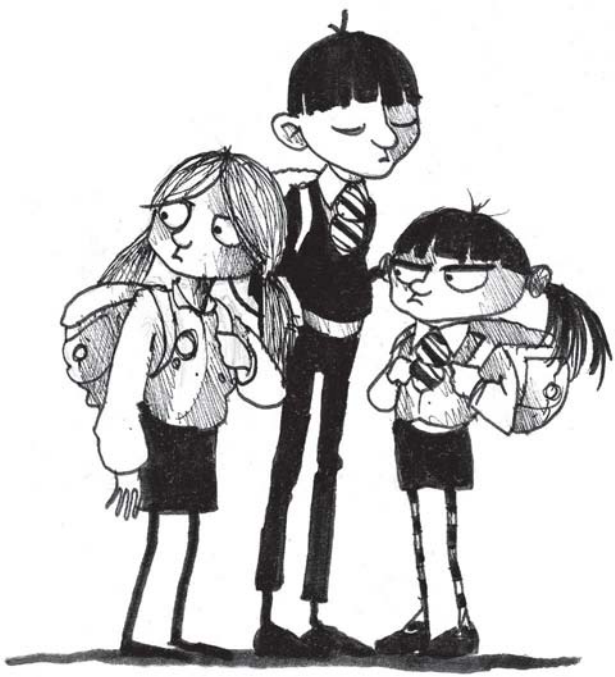
Y cuando las cosas se torcían,
y cuando Aada estaba triste,
la duendecilla estaba allí
para animarla con un chiste.

Le contaba a Aada la verdad,
le contaba lo que ocurría,
le contaba que no pasa nada
por sentirse como se sentía.



Aada empezó en una escuela nueva,
y la duendecilla dijo: «¡Yo voy contigo!».

Pero parecía que en ese colegio
decir la verdad no te daba ningún amigo.



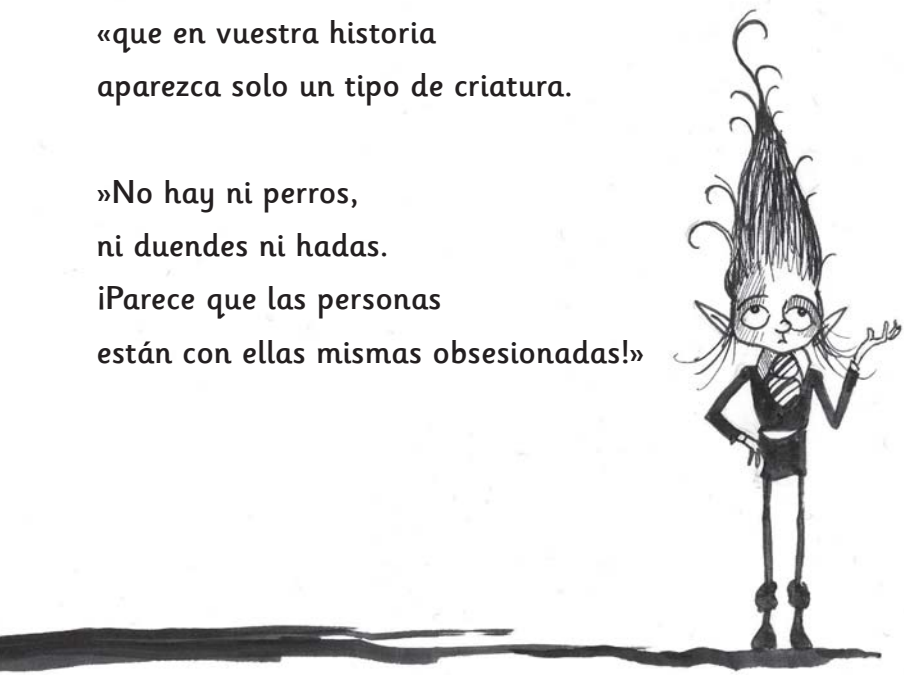
«¡Infinito es el número más grande!»,
oyó un día en mates la duendecilla.
«Eso no es verdad», replicó.
Y la profe le soltó: «¿Te crees muy listilla?».

«No mucho», dijo la duendecilla.
«Pero hay un conejo, que se llama Bruno,
que dice que existe un número

Otro día en clase de historia
la duendecilla escuchaba pasmada,
porque esa era una asignatura
que la dejaba desconcertada.

«Me parece raro»,
le dijo a esa profe tan dura,
«que en vuestra historia
aparezca solo un tipo de criatura.

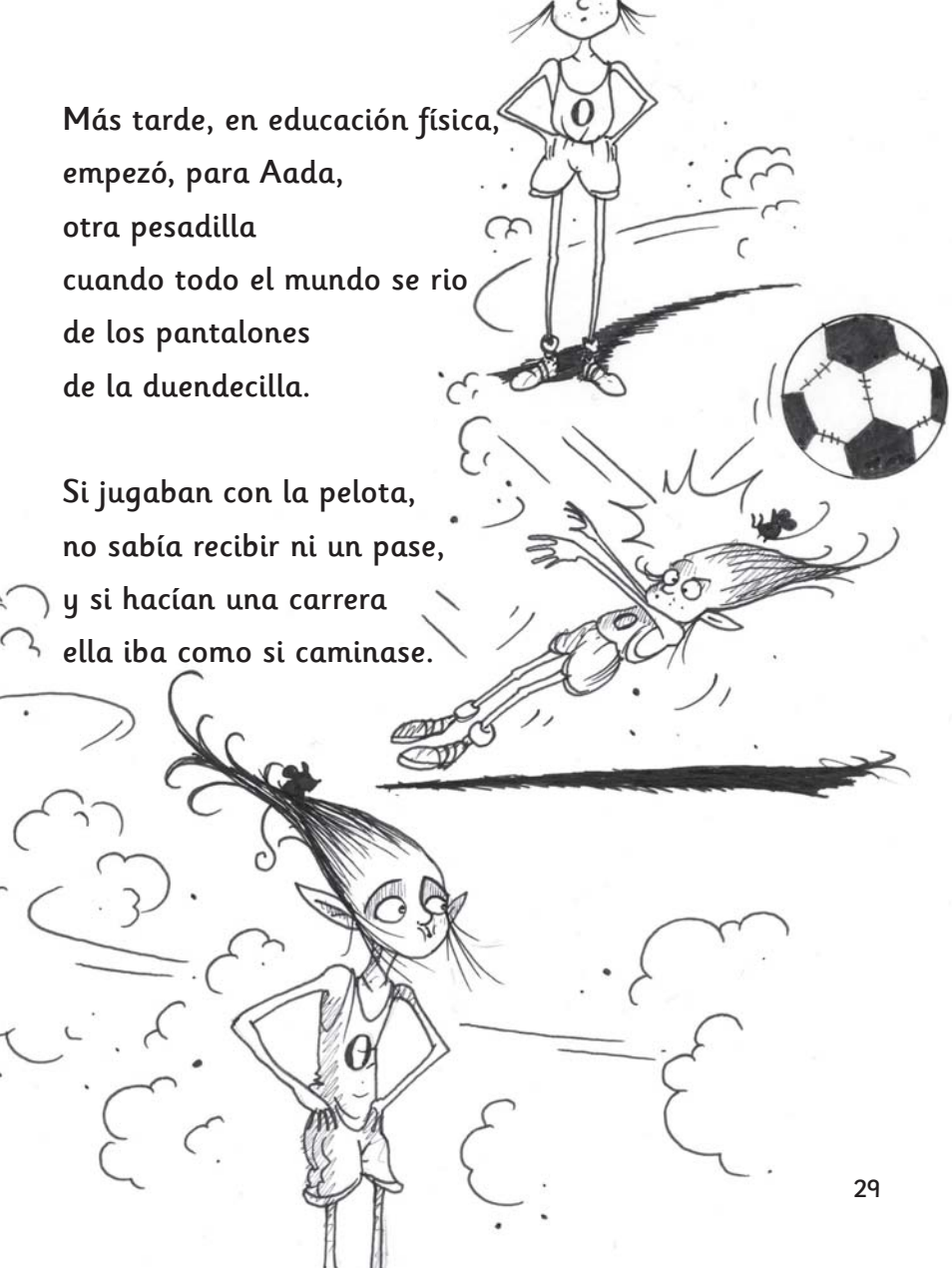
»No hay ni perros,
ni duendes ni hadas.
¡Parece que las personas
están con ellas mismas obsesionadas!»



Aada no sabía dónde meterse,
se sentía muy avergonzada,
y cada vez que la duendecilla hablaba
se ponía completamente colorada.

Más tarde, en educación física,
empezó, para Aada,
otra pesadilla
cuando todo el mundo se rio
de los pantalones
de la duendecilla.

Si jugaban con la pelota,
no sabía recibir ni un pase,
y si hacían una carrera
ella iba como si caminase.



Los demás decían que era rara,
murmuraban y cuchicheaban.
Se reían porque era diferente
y los cambios **no** les gustaban.

A la Duendecilla Sincera

le importaba un comino.

(Y a la ratoncilla de su pelo

le importaba un pepino.)